

Historia de la sexualidad. La voluntad de saber

Michael Foucault*

Fernando Ayala Arias
Universidad Vizcaya de las Américas, campus Uruapan

La pregunta que querría formular no es: ¿por qué estamos sexualmente reprimidos?, sino: ¿por qué decimos con tanta pasión, tanto rencor contra nuestro pasado más próximo, contra nuestro presente y contra nosotros mismos, que somos reprimidos?

El primer tomo de *Historia de la sexualidad* parte de la hipótesis marxista que sostiene la represión del sexo debido a que el placer se opone e impide el desarrollo del trabajo obrero. Esta suposición afirma que somos una sociedad reprimida en búsqueda de una liberación sólo posible fuera del poder al transgredir la ley; el libro tiene la intención de problematizar la hipótesis de la represión sexual en Occidente mediante un análisis histórico. Así, Foucault desarrolla una triple duda sobre la hipótesis represiva: la duda sobre la evidencia histórica; la duda sobre el poder como elemento que prohíbe; la duda sobre si la crítica puede modificar las relaciones de poder represivas. Estas tres incertidumbres tienen la intención de oponerse a la hipótesis represiva para redefinir el poder como un elemento creador más que restrictivo.

Antes del siglo xvii es posible hablar del sexo y de sus placeres sin pudor, exigencia por decirlo todo, que usa la confesión como dispositivo para describir de manera exhaustiva las posiciones, gemidos y hasta gestos. Un cambio histórico inicia una nueva racionalidad que no impide hablar del sexo, pero exige prudencia; se habla de él indirectamente y empleando rodeos pues el pecado mancha. El espíritu de la época exige convertir el deseo del cuerpo en palabra y lugar del Marqués de Sade, cuya transgresión radica en decirlo todo fuera del dispositivo de la confesión para incrementar el placer. Para Foucault, más que una prohibición hay una regulación que impide hablar de los placeres en términos populares para hablar de ellos científicamente. El siglo xvii no da lugar a una represión sino a una ortopedia discursiva que permite hablar de determinada manera con los confesores y los

* Michel Foucault, 2007, *Historia de la sexualidad, I: La voluntad de saber*, Ulises Guinázú (trad.), España, Siglo XXI (trabajo original, 1976), pp. 15-16.

médicos: “[...] no sólo confesar los actos contrarios a la ley, sino intentar convertir el deseo, todo el deseo, en discurso. Si es posible, nada debe escapar a esa formulación, aunque las palabras que emplee deban ser cuidadosamente neutralizadas. La pastoral cristiana ha inscrito como deber fundamental llevar todo lo tocante al sexo al molino sin fin de la palabra” (p. 29).

Estos discursos se refinarán en el siglo XIX para dar lugar a la *función psi*, un conjunto de ciencias que estudian la peligrosidad del sexo y de sus placeres, a los que le atribuyen enfermedades patológicas y criminalidad. Las disciplinas del sexo buscarán el control de la sexualidad destinada únicamente a la reproducción y el lecho matrimonial; se patologizará y perseguirá toda práctica perversa alejada de los genitales. El nuevo modelo sexual determina lo normal y lo patológico sosteniendo su fundamento en las leyes naturales y posteriormente en las leyes jurídicas que regulan el matrimonio. Así, el matrimonio heterosexual se vuelve el modelo legítimo de normalidad; el libertino y el perverso serán los monstruos sociales que atenten contra la ley moral.

La medicina del siglo XIX recibirá el encargo social de proteger la moralidad mediante un procedimiento de cacería de las sexualidades patológicas: vigilando a los niños para impedir una sexualidad temprana que los enfermará en la adultez; creando categorías psiquiátricas que permitan descubrir en el cuerpo los signos de la perversidad moral; estableciendo redes de vigilancia-complicidad con la familia y con la sociedad multiplicando sus miedos. Al sobresaturar el espacio social de una sexualidad que debe ser vigilada constantemente, la *función psi* adquiere un lugar privilegiado pues sólo su ciencia es capaz de prevenir y curar la perversión moral. La mirada científica tiene el efecto de señuelo sobre el cuerpo para crear un *espiral perpetuo* de poder y de placer: el deseo de ejercer poder al mirar, vigilar, escuchar y palpar los cuerpos; y el placer de mostrarse para ser mirado, escuchado y palpado causando escándalo:

Placer de ejercer un poder que pregunta, vigila, acecha, espía, excava, palpa, saca a la luz; y del otro lado, placer que se enciende al tener que escapar de ese poder; al tener que huirlo, engañarlo o desnaturalizarlo. Poder que se deja invadir por el placer al que da caza; y frente a él, placer que se afirma en el poder de mostrarse, de escandalizar o de resistir. Captación y seducción; enfrentamiento y reforzamiento recíproco: los padres y los niños, el adulto y el adolescente, el educador y los alumnos, los médicos y los enfermos, el psiquiatra con su histérica y sus perversos... (p. 59).

Así, la saturación refuerza el deseo en lugar de prohibirlo, inventando el placer de hablar del sexo, placer sobre el poder que se tiene sobre el cuerpo del otro al convertirlo y convertirse en objeto del saber. El discurso del sexo se ve rápidamente multiplicado, pero a la vez enmascarado: la ciencia inventa un lenguaje para hablar del sexo mediante tecnicismos que disimulan la seducción de los cuerpos. La

medicina con su verdad sobre el sexo emprende campañas higiénicas que pretenden sanar la moral social, pero en el fondo las prácticas científicas heredan el miedo social a la extensión de la raza humana. La medicina, la biología y los miedos morales trabajan conjuntamente para impedir la verdad creando un discurso lleno de ignorancia que recibe el nombre de *la voluntad de saber*. Esta voluntad del siglo XIX se caracteriza por un deseo de no saber, incita a mostrar la verdad del sexo, pero cuando aparece, la disfraza de manera pudorosa pues hay algo de terrible y escandaloso en el sexo:

[...] negación a ver y oír; pero —sin duda es el punto esencial— negación referida a lo mismo que se hacía aparecer o cuya formulación se solicitaba imperiosamente... Esquivarla, cerrarle el acceso, enmascararla: tácticas locales, que como una sobreimpresión (y por un desvío de última instancia) daban una forma paradójica a una petición esencial de saber. No querer reconocer algo es también una peripecia de la voluntad de saber (p. 70).

Paralelamente, en Oriente aparecen las *arts erótica* que extraen la verdad para incrementar el placer del cuerpo; si se prohíbe hablar del sexo es porque el secreto revelado disminuiría el placer. En cambio, en Occidente, la voluntad de saber producirá la *scientia sexualis*, que se ayuda del dispositivo de la confesión para producir su verdad del sexo exigiendo revelar su secreto. La medicina hereda el método del interrogatorio cristiano donde la verdad debe ser arrancada por la fuerza y cuyo valor sólo puede ser reconocido por aquel que exige decir lo más difícil y privado. Se establece una espiral de poder-placer en la exigencia de contar-escuchar, obligando a decir la verdad para luego encontrar la liberación del secreto que constriñe. La libertad se produce al contar, pero irónicamente se exige de la misma manera mantener el secreto; el dispositivo de la confesión constituye un sujeto al que se le exige ocultar la verdad para luego decirla:

[...] pedimos que diga la verdad (pero como es el secreto y escapa a sí mismo, nos reservamos el derecho de decir nosotros la verdad finalmente iluminada, finalmente descifrada...); y le pedimos que diga nuestra verdad o, mejor, le pedimos que diga la verdad profundamente enterrada de esa verdad de nosotros mismos que creemos poseer en la inmediatez de la conciencia. Le decimos su verdad, descifrando lo que él nos dice de ella; él nos dice la nuestra liberando lo que se esquivo (pp. 88-89).

La confesión requiere de dos sujetos pues su trabajo se da por coerción: uno que hable, que es incapaz de reconocer su propia verdad, y uno más que reconozca la verdad en el primero. La psiquiatría tiene su fundamento en la confesión por medio de la cual va haciendo un extenso registro de los placeres prohibidos para darles un valor científico y su estatuto de verdad. Así, se constituye una clínica sa-

turada de prejuicios morales con el uso de una confesión modificada que hace hablar para sistematizar un conjunto de cuadros basados en signos y síntomas. Exige decirlo todo porque el sexo al ser la causalidad de las perversiones tiene un carácter difuso al manifestarse en todos lados y en ninguno; es decir, cualquier rasgo puede ser signo de perversión.

La exigencia de decirlo todo es necesaria porque la verdad del sexo se oculta y es escurridiza, por lo que sólo puede ser descifrada e interpretada por el saber superior del médico. Finalmente, el deber de decirlo todo en la confesión médica tiene un efecto similar al salvador del alma cristiana, pero en esta ocasión el efecto será el diagnóstico y la cura de la enfermedad moral. El dispositivo médico ayudado de la confesión científica y de su saber, la exigencia de decirlo todo, se vuelve un ejercicio de poder que hace proliferar la verdad de que los placeres del sexo enferman. Esa verdad se multiplica como una estrategia de poder que hace proliferar diversas prácticas que se refuerzan con la misma verdad; por esto, para Foucault es necesario describir cómo aparecen y funcionan.

El método propuesto recibe el nombre de *analítica del poder* y pretende hacer visible el invisible juego entre el poder-saber-placer; se trata de cuestionar el saber que dicho dispositivo tiene sobre nosotros. El poder regula la vida y su *analítica* tiene la intención de invertir la relación: ya no se trata de que el dispositivo diga la verdad sobre nosotros, se trata de que nosotros digamos la verdad sobre los dispositivos. Por esto el método trata de mostrar que es imposible hacer análisis del poder desde afuera, ya que no resulta imposible un estar afuera del poder. El análisis deberá evitar el uso del antiguo modelo jurídico que entiende el poder de manera negativa, en tanto es represado y ejercido unidireccionalmente de arriba hacia abajo:

A ese anillo mágico, a esa joya tan indiscreta cuando se trata de hacer hablar a los demás, pero tan poco elocuente acerca de su propio mecanismo, conviene volverlo locuaz a su vez. Hay que hacer la historia de esa voluntad de verdad, de esa petición de saber que desde hace ya tantos siglos hace espejear el sexo: la historia de una terquedad y un encarnizamiento (p. 98).

Para realizar la *analítica*, el poder debe ser concebido de manera positiva en tanto creador y no como táctica violenta propia del rey y del Estado; la nueva concepción del poder tiene que liberarse del antiguo modelo de muerte. De esta forma, el poder conceptualizado por Foucault obra sobre la vida y los cuerpos como técnica de normalización para oponerse a la antigua definición jurídica. El *poder del soberano* tuvo la propiedad de derramar la sangre de sus súbditos exponiendo a la muerte indirecta con la guerra y directamente como derecho de réplica cuando su vida se encontraba en peligro. En cambio, el nuevo poder recibirá el nombre de *biopoder*, como aquel que rechaza la muerte y extiende la vida para desarrollarse de dos modos: 1) *anatomopolítica del cuerpo*, para someter la fuerza crean-

do una máquina bien disciplinada y *b) biopolítica de la población*, para hacer de la vida una serie de procesos biológicos que deben ser regulados en grandes grupos de personas.

La metodología planteada para la analítica de la sexualidad tiene la intención de redefinir el *poder* para alejarlo del sentido dado por la tradición jurídica, donde fue definido como un elemento represor centralizado en la figura del rey y del Estado. El *poder* de Foucault se define como el conjunto de relaciones intencionales que tienen el objetivo de asegurar cierto saber y con la eficacia de cambiar para volverse útil en diferentes circunstancias. El concepto deja de ser la posesión represora de un individuo o de un grupo para convertirse en un conjunto de prácticas más o menos homogéneas que se justifican entre sí. El *poder* determina la verdad sobre lo que puede ser dicho y lo que permanece en silencio; el análisis se centra en cómo la sexualidad se ha convertido en objeto y no en señalar las relaciones entre dominador y dominado.

La analítica del poder propone definirlo en tanto ejercicio realizado por múltiples relaciones con un objetivo: el poder no es una posesión del dominador sobre el dominado, que siente subjetivamente. El poder no es la ley que regula el comportamiento sexual y sólo puede analizarse su funcionamiento local en un contexto histórico determinado, por lo que debe considerarse que se transforma constantemente. Los ejercicios de poder deben ser pensados como estrategias tácticas diversas y hasta contradictorias, que van desde una extrema severidad de la hoguera hasta la más grande tolerancia. Sobre todas las cosas, el poder tiene el objetivo de reproducir la verdad aceptada por el grupo mediante la estrategia que tenga una mayor eficacia.

La sexualidad es una estrategia del poder que la representa como una fuerza indócil que debe ser dominada, de lo contrario aparecerá una serie de múltiples patologías que desintegrarán el núcleo social, familiar y moral. Así surge la *histerización* del cuerpo de la mujer nerviosa, la pedagogía para impedir la masturbación del niño, el reforzamiento de la procreación como manera de socializar, y haciendo del placer una práctica perversa. Estas cuatro estrategias del poder intentan reproducir la antigua alianza del matrimonio con sus relaciones de parentesco y regular las sensaciones del cuerpo al patologizar otro tipo de sexualidades. El dispositivo de la alianza y su relación con la carne crística que peca por sentir placer será sustituido por el dispositivo de la sexualidad que hace del placer una enfermedad.

La alianza perturbada permite el desplazamiento histórico del siglo XVIII al siglo XIX, cuando la tarea de sacerdote y la dirección de la conciencia son sustituidas por la exigencia de nuevos expertos. La demanda social es respondida por la intervención del médico en los trastornos, para mantener la institución familiar, a la que se sumarán el pedagogo, el psiquiatra, el psicólogo y el psicoanálisis como los nuevos sanadores. El saber del médico propone separar al enfermo del ambiente familiar incestuoso que lo enferma y su ciencia crea un discurso que interviene sobre

la sexualidad sin hablar de las causas genitales. El análisis de Foucault propone la sustitución del dispositivo de la alianza que producía fuerza de trabajo en la fábrica familiar por el de la sexualidad que ya no se limita a la procreación.

La analítica hace historia de los dispositivos mostrando una cronología de su proliferación y negando la idea de la represión sexual; se rastrean sus rupturas y sucesiones desde la regulación del matrimonio en el siglo xvii hasta la tolerancia del sexo del siglo xx. El primer dispositivo es la carne cristiana del siglo xvi, preocupada por la dirección del alma, dando lugar a las prácticas de la penitencia, la confesión y el ascetismo. En el siglo xviii, el dispositivo del sexo se vuelve un asunto laico y del Estado centrado en el niño y en la mujer, convirtiéndolos en objetos de estudio para regular la procreación y evitar sus fraudes. En el siglo xix se crea el instinto y su patología sin lesión anatómica, enfermedad que transmite una perversión de una generación a otra que debe ser controlada: "[...] la tecnología del sexo, a partir de este momento, empezó a responder a la institución médica, a la exigencia de normalidad, y más que al problema de la muerte y el castigo eterno, al problema de la vida y la enfermedad. La 'carne' es proyectada sobre el organismo (pp. 142-143)".

La medicina y su degeneración hereditaria hasta el psicoanálisis que rompe con ella, son consideradas tecnologías de proliferación del sexo que han sido usadas históricamente por las clases altas sobre sí mismas. Según Foucault, no existe represión sobre el estrato popular porque ha escapado y resistido a la regulación de la natalidad, la organización familiar y el control médico de las perversiones. Los dispositivos del sexo fueron creados por las clases altas y se extendieron lentamente al resto de la sociedad; la intención era usar y controlar la fuerza de vida del sexo para tener un cuerpo saludable. Las tecnologías buscan distinguir las clases sociales altas y saludables de las bajas y poco saludables, con el propósito de mejorar la raza. La *medicalización* es la primera tecnología en ser aplicada de manera represiva sobre el pueblo para controlar las perversiones que evitaban su reproducción, siendo el psicoanálisis la primera tecnología en eliminar la misma represión. La familia proletaria prohibía la intensificación de las relaciones entre sus miembros, mientras la burguesa creaba un deseo incestuoso que luego reprimía generando efectos patológicos.